

«**ESCRIBA SU LIBRO**»

¿Quién se atreverá a afirmar que la literatura impresa está de capa caída? ¿Cómo obstinarse en la victoria de las imágenes sobre la vieja costumbre de encuadernar palabras? No como siempre sino más que nunca, quien tiene algo que decir escoge nada menos que un libro.

Fíjense en Portugal, donde el aire suyo es moderado y saudoso se ha revuelto últimamente por dos eventos editoriales. El primero fue, concretándolo cuantitativamente de tres mil ejemplares, suma nada desdeñable para la demografía (y la sociología) nacional. Hablo de las «Nuevas cartas portuguesas». O sea: de lo que ya se habla en el mundo entero. El título remite a aquellas cartas de la monja de Beja, sacándoles una cola que hace tres siglos no hubiera sabido sospechar la vehemente Mariana Alcoforado (si es que existió) o el caballero que las hizo apócrifas pero en todo caso -«Considera, amor mío, hasta qué punto...»- de una adelgazada hermosura. Citemos al paso y con agradecimiento a su traductor o recreador, al poeta Enrique Badosa. Lo de ahora no inquietará a los eruditos futuros en cuanto al autor, que son tres autoras tres: la señora María-Teresa Harta, la señora María Isabel Barreno, la señora María Velho da Costa, metidas a una aventura valiente de reivindicaciones. La edición fue vista y no vista, gracias, quizás, a que las autoridades, mandaron recogerla. Así la obra de estas mujeres de su casa anda de mano en mano, y no diré que más leída que «Os Lusíadas» porque «Os Lusíadas», con tantas octavas reales, no debe de leerse ni en Coímbra.

Y en otro orden de cosas (aunque quién me, asegura a mí, que sea, en otro orden de cosas), el suceso del militar Spínola, quien ha conmovido al país no con una actitud, externamente operativa, ni si quiera en discurso político o, especie de arenga castrense, sino igualmente con un libro. «Portugal y el futuro» entra en su segunda impresión, y he oído hablar de ciento ochenta mil ejemplares. Los «meninos» portugueses vienen aprendiendo en sus lecciones de Historia el día de la Aljubarrota, la salida de Vasco de Gama, la proclamación de la República... A lo mejor con el tiempo se tienen que meter en la memoria la fecha clave de algún pie de imprenta.

ooOOoo

Pero creo que esta gloria del libro, tan visible en los ejemplos ruidosos, animadores, se empareja con su pena correspondiente, la de si no llegaremos a escribir demasiados. Las estadísticas españolas -volvamos ya de la casa vecina para la propia- revelan un número muy grande de títulos en proporción al volumen total de ejemplares. Pues a los libros que escriben los escritores sindicados de libros hay que añadir los compuestos, con el prefecto derecho, no faltaba más, por futbolistas, banqueros, exploradores, ganadores de quinielas, modistas (las) y modistas (los), ex concejales, ex ministros presurosos...

Que el tema es palpitante no nos ofrece duda. Pero si un esquicio quedara ahí está el espaldarazo de la publicidad, que no se casa con nadie, como no sea con sus propios fines prácticos e inmediatos: Ya se sabe: sólo unos minutos desde el centro de la ciudad (luego será lo que tase un sastre), sol, aire intocado, club de tenis y tiro, equitación, ¡lo que le suena a la gente la equitación!, restaurante, locales sociales... Son los alicientes clásicos, si se mira el anuncio de cualquier urbanización «cachet». Pero es que ahora mismo a plana entera de un periódico nacional, se enumeran más o menos venturas bajo una invitación sorprendente: «Si duerme en su finca de X, sin más sonido que el de los pájaros, usted puede pensar. Y cuando empiece el día, sin darse cuenta empezará su libro». También se nos recuerda, son aquellos unos predios favorables para tener un hijo y plantar un árbol. Pero es inútil, el énfasis viene puesto en las letras principales del reclamo «Escriba su libro». Una llamada tan general que uno no sabe si alegrarse por la cultura o echarse a temblar.

ooOOoo

Menos mal que la Providencia está ahí arriba, Corín Tellado, autora de centenares o quizás miles de novelas, ha decidido retirarse y declara su deseo de tranquilidad bien ganada y buenas lecturas.

Cuando tantos ciudadanos deciden tras haber leído cuatro libros que ellos mismos pueden escribir el quinto, reconforta la sensatez de una señora prometiendo:

¡El próximo, no lo escribo! ¡Lo leo!